

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

# HISTORIA DEL REY ACAMAPITZIN



MAUCCI HOS MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

---

**HISTORIA DEL REY**  
**ACAMAPITZIN**

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos. — Primera del Relox, 1  
1900



## Historia del rey Acamapitzin



¡Qué tristes y afligidos vagaban los aztecas en los primeros tiempos, después del brillante origen de su ciudad que como, saben mis lectorcitos, fué debido al águila sagrada que devoró á la serpiente en el nopal de la «Isla Verde»!

Iban desnudos, casi por completo, no tenían por casas, sino «jacales» hechos con «carrizos» y «tules» de la laguna. Sus armas eran «otates» aguzados en las puntas en forma de lanzas; sus escudos los hacían de «carrizos» entrelazados fo-

rrándoles con pieles de los animales, que cazaban en los montes.

Sin embargo de que los aborrecían los habitantes de los otros pueblos, sobre todo los de «Xochimilco» y «Chalco», comprendían que eran valientes y por eso les tenían un miedo horrible, así es que procuraban su destrucción los reyes de aquellos pueblos.

Hubieran perecido los mexicanos sin la ayuda del valiente caudillo que fué su primer rey, el gran «Acamapitzin», cuya curiosísima historia te voy á referir, joven lector.

Este «Acamapitzin» que tan valiente se mostró en todas las batallas, en que estuvo al frente de los aztecas, contra sus enemigos, fué el primer Rey de los mexicanos. En él principia la serie de sus monarcas que fueron siendo más y más grandes y poderosos en el transcurso de los siglos.

El pueblo decidió nombrarlo, por consejo de los sacerdotes del dios de la gue-

rra por ser el más atrevido y fuerte de todos los jóvenes.

Era gallardo y altivo, su brazo esgrimía la «macana» con una agilidad y des-



treza tales, que dando terribles saltos el guerrero sobre sí mismo y haciendo molinete, él solo con su arma temible era capaz de derribar á diez enemigos á un tiempo.

Los jóvenes le envidiaban y lo admiraban por su valor, las mozas lo querían por su hermosura y su bondad por que era amable y generoso, según cuenta, el venerable anciano azteca, de quién tomo esta curiosa historia.

Pero donde más se había distinguido el bravo «Acamapitzin», fué en la batalla sangrienta que dieron los del Reino de «Acolhuacan» contra los de «Xochimilco», cuando los aztecas eran todavía esclavos de aquellos.

Los de «Acolhuacan» llevaron á la guerra á los mexicanos, poniéndolos al frente de las primeras filas, para que los enemigos, acabaran con ellos.

Al principio los mexicanos quedaron consternados, al saber la suerte que se les esperaba, pero Acamapitzin, reanimó su valor diciéndoles:

— «¡No hay que temer, ¿por qué tembláis? vamos á demostrar á estos cobardes, «acolhuas» y «xochimilcas» que somos los hijos favoritos de «Huitzilopochtli», dios de la guerra! No hay que perder

el tiempo en el combate, haciendo prisioneros, sino á herir en el corazón y á cortarles las orejas para que vea el Rey de «Acolhuacan» con cuantos nos batimos.»

La batalla principió en las orillas de la Laguna y cerca del Canal que la unía con Xochimilco; allí los guerreros de este Reino, en centenares de canoas, lanzaban nubes de flechas sobre los mexicanos que fueron los primeros que se precipitaron á su encuentro con un valor y una audacia increíbles, saltando de tierra hacia las canoas enemigas, recibiendo en sus escudos los golpes de los contrarios á los que derribaron con sus largas y pesadas «macanas.» Luego se echaron sobre ellos y con los cuchillos de «itztli» les cortaron las orejas, las que arrojaban en grandes canastos que llevaban á la espalda.

«Acamapitzin», causaba estragos espantosos entre los enemigos, lanzando gritos estentóreos que los aterrizzaba

al mismo tiempo que reanimaban el valor de los mexicanos.

— «¡No huyan, cobardes «xochimilcas!»—gritaba el guerrero azteca, al ver que espantados, de la rapidez conque los exterminaba corrían de él en masa y en espantosa confusión.

La batalla la ganaron los mexicanos, y cuál no sería el terror del Rey de «Acolhuacan», cuando vió que los aztecas le presentaron, como ofrenda, centenares de canastos llenos de orejas enemigas y que escurrían aún sangre caliente. «Acamapitzin» solo, presentó quince cestos.

El Rey de «Acolhuacan», como premio al valor de los mexicanos les concedió al libertad dándoles permiso para que fueran á establecerse en las orillas de la laguna.

Para festejar su victoria, los aztecas levantaron un templo al dios de la guerra, cerca de Tizaparo, allí los sacerdotes dispusieron una danza de jóvenes doncellas á las que se les iba á arrancar



el corazón para ofrecerlo al abominable dios de la guerra.

Pidieron al Rey de «Acolhuacan», que había sido su dominador, á la Princesa su hija para hacerla madre de sus dioses; el Rey, temiendo alguna venganza de los mexicanos, sino accedía les mandó á la más joven de sus hijas «Teotlina», pues ella se empeñó en ir, no obstante las innumerables advertencias que le hizo el rey su padre.

—¿No sabes, desdichada que esos feroces aztecas, te sacrificarán á sus idolos sanguinarios?...

Entonces ella contestó derramando copioso llanto. «¡Padre, tengo que confesar la verdad; sea cual fuere la suerte que se me espere, la mereceré, porque estoy enamorada de «Acamapitzin», el guerrero más valiente porque triunfaron en la batalla contra los xochimilcas, le he prometido mi corazón y la voluntad de sus dioses debe cumplirse!»

Espantosa fué la cólera del Rey al oír estas palabras; maldita seas hija ingra-

ta, rugió, pero puesto que te empeñas en abandonarme, ve y no olvides nunca mis palabras, ¡ya recibirás el castigo del cielo!

Teotlina, acompañada por algunos de



sus servidores y sentada sobre andas lujosas, en donde iban sus collares, conchas, mantas de finísimas plumas y demás adornos, que le correspondían por

ser hija del Rey, llegó á Tizapan donde se encontraban las pobres chozas y jacales de los mexicanos, pues, aún no empezaban á edificar la ciudad sagrada en el centro del Lago.

El primero que salió á recibir á la Princesa fué «Acamapitzin», pero tras él venían varios sacerdotes del nuevo templo, el más anciano de ellos, dijo:

—«Hemos ofrecido al «Gran Huitzilopochtli» el corazón de la hija del Rey de Acolhuacan y es fuerza cumplir la promesa al gran Señor de la guerra, que hará de nuestra raza la reina de todas estas comarcas que subyugarán un día tus nietos los reyes de México. ¡Oh, Acamapitzin!

Grande fué la indignación del guerrero al oír las terribles palabras del sacerdote.

—¡Cómo — exclamó levantando los brazos al cielo, sacrificar á la Princesa acolhua, que va á ser mi esposa... arrebatármela para abrirle el pecho y sacarle el corazón... ¿No soy yo el que he salvado

al pueblo mexicano, de la esclavitud, del dominio de los bárbaros extranjeros..... este es el premio que me dáis, crueles?

— ¡Cálmate, guerrero!—le contestó el sacerdote, vamos á sacrificar á tu amada Princesa, precisamente para honrarte á tí haciéndola diosa, madre de los dioses que tendrán los mexicanos cuando hayan conquistado el Imperio del «Anahuac»; es preciso que te sacrifiques á la felicidad de la raza azteca!»

Temblando de espanto, oía la infeliz Princesa las tremendas frases que acababa de pronunciar el sacerdote. «Acamapitzin», la contemplaba con dolor infinito, comprendiendo la horrible suerte que se le esperaba y sabiendo que no había esperanza alguna de poder salvarla, entonces la joven exclamó en un arrebatado sublime:

—¡Acepto el sacrificio, que me arranquen el corazón para ofrecerlo á vuestro dios, ya que lo pide y es necesario para la felicidad de vuestra raza, pero quiero que mi cuerpo repose debajo de las

aguas, de la laguna, donde se edifique la «Gran Fenochuitlan» al lado de las princesas hijas de la hermosa «Flor de los Lagos!»

—Eso y más se te concederá, tu «genio» después de sacrificarla, será el protector de la nación mejicana!

Entonces condujeron á la doncella entre una multitud de guerreros y sacerdotes, hasta el interior del Templo, que estaba revestido de ramas ornadas de flores amarillas, que eran entre los aztecas el símbolo de la muerte; dentro estaba una gran piedra redonda, aún sin labrar y cerca de ella se hallaba el horrible ídolo de «Huitzilopochtli» cubierto con plumas de colibrí.

Dos sacerdotes, despojaron á la Princesa de sus vestiduras, colocándola después recostada contra la piedra mirando al cielo. Uno de los sacerdotes le sujetó la cabeza y otros los brazos y las piernas. El más viejo que era también horrible y estaba todo manchado de lodo y sangre, armado de un largo y filoso cu-

chillo, con terrible golpe lo hundió en el pecho de la infeliz princesa, abriéndolo y sacando el corazón que chorreó sangre, exclamó:

—Recibe ¡oh gran «Huitzilopochtli» el corazón de la princesa «acolhua Teotlina», madre de los dioses para que hagas grande, noble y poderosa á la nación mexicana!

La multitud de guerreros y gente del «pueblo» que presenciaba el sangriento «sacrificio», prorrumpió en alarido espantoso de feroz alegría en significación de que el dios «Huitzilopochtli» satisfecho con este sacrificio los protegería.

El cadáver de la infortunada princesa fué recogido piadosamente por «Acamapitzin», no permitiendo que ya ninguno lo contemplara y en la misma noche, cuando los campos estaban en plena quietud «Acamapitzin» en acatamiento á la última disposición de la Princesa depositó en las quietas aguas de la laguna el cadáver murmurando con acento de dolor:



— «¡Duerme tranquila, mi divina princesa en el fondo de esta inmensa laguna, que tu «genio» me proteja para guiar los destinos de la nación que voy á formar!»

\*  
\* \*

Años más tarde los mexicanos construían en torno de la «Isla Verde», en donde el águila se había posado las primeras casas de la ciudad de Fenochtit-

lan, donde reinó durante más de veinte años el invencible Acamapitzin, primer Monarca azteca, muriendo amado de sus súbditos y temido de sus enemigos los monarcas circunvecinos, después de hacer independiente al pueblo mexicano cuyo nombre hizo respetar.

Ya te iré refiriendo, querido lectorcito, los terribles episodios que señalaron la época que siguió á la desaparición del gran «Acamapitzin.»

---

Leed el muy divertido, moral é histórico cuento siguiente:

LA REINA AYACIHUATL  
ó  
LA CHINAMPA ENCANTADA.